

Entra el Ministro de Izquierda

Cuando por fin llegamos al área de descanso junto al mar, los dos parecen una pareja bohemía que se ha colado en una piscina a medianoche y se ha bañado con ropa. Quieren cambiarse, secarse, comer algo e ir al baño. Me invitan a acompañarlos, pero rechazo la invitación. Sorber ramen en un restaurante es lo último que me apetece ahora. No tengo nada de hambre. Cuando me niego, Tamaki suspira y desaparece en el edificio con Serizawa. Yo me quedo en el asiento trasero del coche aparcado, abrazando mis rodillas y mirando la lluvia mientras se funde con el océano gris. Daijin duerme acurrucado a mi lado, en silencio.



Mientras observo la lluvia, Tamaki se cambia en el baño por ropa de repuesto que trajo (una camiseta blanca de tirantes y una chaqueta de punto lavanda) y se arregla rápidamente el maquillaje corrido frente al espejo. Es suficiente para templar un poco su ánimo. En la cafetería, pide el “menú del pescador del día” y come en una mesa distinta a la de Serizawa. Esta área de descanso fue renovada hace pocos años, y la cafetería es amplia y con techos altos. La caballa grasienta está deliciosa, el aire acondicionado es agradable y hay pocos clientes. Mientras sorbe el té caliente tras la comida, Tamaki deja escapar un suspiro de alivio por primera vez desde que salió de Kyushu.



No todos los problemas están resueltos, piensa, pero al menos he encontrado a Suzume. Parece que hemos acabado yendo a su antiguo hogar, y no sé nada de ese tal Souta que supuestamente está allí por alguna razón, pero una vez que lo vea, seguro que se sentirá satisfecha. ¿Están saliendo? Es posible. Pero ¿por qué volver a casa después de tanto tiempo?

...Quizá sea su forma de encontrarse a sí misma. Tamaki reflexiona un rato. Suzume aún es joven, está en proceso de madurar y formar relaciones. Tal vez sintió la necesidad de volver a sus raíces. Sí, debe de ser eso. Volverá a casa, pondrá en orden

sus sentimientos y luego regresará a su vida normal. Es un rito de paso perfectamente normal, como el que cualquiera podría vivir.

Intenta convencerse con esa teoría. No se siente del todo convencida, pero al repetírselo, se siente un poco más tranquila. *Supongo que volveré al trabajo pasado mañana... lo que me recuerda que debería llamar a Minoru.*

—¿¡Así que ahora estás con un gigoló!? —grita él tras explicarle la situación básica.

—No, no es realmente un gigoló. Solo actúa como uno. Y de bajo presupuesto... No, para nada. No parece que haya manipulación de por medio.

Mira por encima del hombro, aún con el teléfono en la oreja. Serizawa sorbe su ramen con entusiasmo en una mesa al fondo. Tamaki también había considerado pedir ramen.

—¡Pero eso es peligrosísimo! —dice Minoru. Debe de hacer sol allí, porque se oyen las gaviotas de fondo. Tamaki se imagina las viejas ventanas de la oficina de la cooperativa pesquera y el horizonte azul más allá.

—¡Sois dos mujeres indefensas! ¡Un coche es como una habitación cerrada, ¿sabes?!

—No este. Es un descapotable...

—¿¡Un d-d-d-e-s-c-a-p-o-t-a-b-l-e!? —dice, su voz subiendo a falsete—. ¿Dónde estás ahora en Miyagi? ¿En el Oasis Turístico de la Costa de Oya? Entendido. Espera un segundo...

Tamaki lo oye teclear furiosamente. Se lo imagina allí, con su gran figura bronceada vestida con una camiseta, un tipo que probablemente nunca ha conducido nada que no sea un camión agrícola o una carretilla elevadora, esforzándose desesperadamente por ayudarla.

—Hay un autobús exprés con destino a Tokio parado en el aparcamiento ahora mismo. Hay muchos asientos libres. Puedo conseguirte billetes...

—¡Minoru, cálmate! —dice ella con urgencia. Le explica que, ya que han llegado tan lejos, piensa acompañar a Suzume hasta su antiguo hogar, y que cree que eso la satisfará. “Es como un rito de paso”, dice, repitiendo con soltura tópicos que ha oído en algún



sitio. “Ya sabes cómo son los adolescentes.” Pero incluso mientras lo dice, una parte de ella sabe que no es cierto. Está completamente equivocada. Mientras habla, por fin acepta la sensación de inquietud que lleva dentro. *No creo que las cosas vayan a salir tan bien como me imagino. Creo que Suzume tiene algo en mente que va mucho más allá de mis pequeñas ideas.* No tiene nada que lo respalde, pero lo sabe instintivamente.

—Volveré pasado mañana. ¿Puedes encargarte de todo hasta entonces? —le pregunta a Minoru, aunque ya no cree en lo que está diciendo. Luego cuelga.



Mi destino está a una hora y cuarenta y cinco minutos en coche. Aparto la vista del mapa en mi móvil y respiro hondo. El aire está cargado de lluvia y salitre. *Un poco más. Solo un poco más.* Exhalo lentamente, intentando calmar los pensamientos ansiosos que me aceleran el corazón.

Pulso el menú del mapa para mostrar el registro de mis movimientos. El mapa se aleja hasta mostrar todo Japón, con mi ruta marcada en azul. Desde Miyazaki hasta Ehime en ferry, luego cruzando Shikoku en coche hasta Kobe, y de ahí en Shinkansen hasta Tokio. La línea sigue la costa del Pacífico por Chiba, Ibaraki y Fukushima. Ahora estoy en Miyagi. Al lado de esa línea que recorre casi todo el archipiélago japonés aparece la distancia: 1.630 kilómetros. He llegado tan lejos. *Todo irá bien,* me digo. *Puedo llegar a Ever-After.*

De repente, una sensación desagradable me recorre los pies, sobresaltándome. Un temblor bajo ha comenzado.

—¡—!

Mi móvil vibra, y en la pantalla aparecen letras rojas: “**Alerta temprana de terremoto**”. De rodillas sobre el asiento, miro a mi alrededor. Los coches a ambos lados se balancean con un crujido. El agua acumulada en el techo del aparcamiento cae en cascada. Pero unos segundos después, el temblor se calma, como si el terremoto se lo hubiera pensado mejor. Finalmente, mi móvil se



silencia y la extraña sensación desaparece. Solo mi corazón sigue latiendo con fuerza.

—...Souta.

Agarro la llave bajo mi camiseta mientras murmuro su nombre.
—Souta, Souta. ¿Seguirá así durante años, durante décadas? ¿Cada vez que haya un terremoto pensaré en Souta, solo en esa colina negra? Aunque él pueda soportarlo... yo sé que no.

—Souta, Souta —susurro como una oración—. Voy. Voy a salvarte.

—¡Suzume!

Tamaki corre bajo la zona techada hacia el coche.

—¿Has sentido ese terremoto? —pregunta al abrir la puerta y meterse en el asiento del copiloto. Se ha cambiado a una chaqueta de punto lavanda, y el color ha vuelto a sus mejillas.

—Odio esa sensación... —murmura mientras se arregla el flequillo mojado por la lluvia.

—¿Dónde está Serizawa? —pregunto, mirando su reflejo en el retrovisor.

—Sigue comiendo, supongo. ¿Estás segura de que no quieres nada?

—Sí.

—No has comido en todo el día.

—No tengo hambre.

La oigo suspirar suavemente. Guardamos silencio mientras la lluvia continúa. Apenas pasa del mediodía, pero todo está oscuro, como si la pantalla del mundo tuviera el brillo al mínimo.

—...Suzume —dice Tamaki, como si acabara de tomar una decisión—. Quiero que me digas algo.

—...¿Qué?

—¿Por qué quieres volver a casa?

—Hay una puerta... —empiezo a decir, pero me detengo—. Lo siento. Es difícil de explicar.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

Deja de mirarme por el retrovisor y se gira. Por primera vez en horas, nuestras miradas se cruzan directamente.



—Estás causando problemas a los demás, ¿y no puedes explicarlo?

—¿Problemas? —le respondo con brusquedad. Quiero decirle que no pedí a ninguno de los dos que vinieran conmigo, pero me contengo—. No lo entenderías aunque te lo explicara.

Siento cómo se echa hacia atrás. De un portazo, abre la puerta, sale y me agarra del brazo desde fuera del coche.

—Nos vamos a casa. Hay un autobús allí.

—¿Qué?

—Dices que no puedes explicarlo, estás pálida como un fantasma y te niegas a comer.

—¡Suéltame! —digo, sacudiendo su mano—. ¡Vete tú a casa! ¡Yo no te pedí que vinieras conmigo!

—¡No lo entiendes! ¡Estaba muerta de preocupación por ti! Su voz tiembla de furia. Yo respondo instintivamente.

—¡Tu preocupación me estorba!

Los ojos de Tamaki se abren de par en par. Se muerde el labio y baja la mirada lentamente. Sus hombros se agitan. Respira profundamente, como si el aire se hubiera vuelto escaso.

—Estoy tan harta de esto... —dice con voz ronca y lenta.

La miro con rabia. Está erguida bajo la penumbra del aparcamiento cubierto.

—Te acogí y pasé una década de mi vida criándote... Qué estúpida he sido.

Eso me deja sin palabras. Las gotas de lluvia me salpican las mejillas.

—Es natural preocuparse por una niña que ha perdido a su madre —dice con una sonrisa cínica y repentina. El mar, a lo lejos, sigue tragándose la lluvia—. Solo tenía veintiocho años cuando viniste a vivir conmigo. Era tan joven. Nunca me había sentido tan libre. Pero después de que llegaras, la vida se volvió tan ocupada. Ya no tenía tiempo para mí. No podía invitar a nadie a casa, y encontrar pareja no es fácil cuando tienes una niña. El dinero que heredé de tu madre nunca compensó lo que pasé.

Su figura se difumina. Me doy cuenta tarde de que tengo los ojos llenos de lágrimas.



—¿Eso es lo que sentías...? —digo con la voz entrecortada.

Miro hacia abajo y noto a Daijin sentado en el borde de la puerta.

El gato está mirando a Tamaki con sus redondos ojos amarillos.

—Sabes, yo... —empiezo a decir.

No quiero decirlo.

—Tampoco quería vivir contigo.

No quiero decirlo, pero empiezo a gritar de todos modos.

—¡Nunca te pedí que me llevaras a Kyushu! ¡Fuiste tú quien dijo:
“¡Eres mi hija!”! —¡Eres mi hija, ¿vale?!

Todavía recuerdo el calor de su abrazo en aquella noche nevada
cuando dijo esas palabras.

—¡Nunca dije eso! —responde con brusquedad.

Luego cruza los brazos y grita:

—¡Quiero que te vayas de mi casa!

Su boca está curvada en una sonrisa.

—¡Devuélveme mi vida!

A pesar de todo, veo lágrimas en sus ojos.

Y entonces me doy cuenta: algo no va bien. Esa no es Tamaki.

Daijin maúlla de forma amenazante a mi lado.

Tamaki... el cuerpo de Tamaki está sollozando mientras su boca
sigue sonriendo.

—¿Quién eres? —suelto.

—Sadaijin —responde una voz infantil.

Detrás de Tamaki se alza una gran figura negra.

Es un gato—un gato negro más grande que un coche.



Sus grandes ojos rasgados brillan en la penumbra.

—¿Sadaijin...? ¿Como el “ministro de la izquierda”? —murmuro.

Daijin gruñe y salta fuera del coche.

Sin dudarlo, el gatito se lanza contra la cara del enorme gato negro.

Los dos animales chillan con voces agudas, como gritos de mujer.

El gato negro cae pesadamente al suelo, y empiezan a rodar, forcejeando entre ellos.

—¿Pero qué demonios...? —digo, observándolos atónita.

De repente, Tamaki empieza a tambalearse, como si le hubieran cortado el hilo que la sostenía.

Se desploma en el suelo.

—¿T-T-Tamaki...?

Está boca abajo, inmóvil.

Salto del coche y me agacho junto a ella.

—Tamaki, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

Deslizo la mano bajo su cuello y la giro boca arriba.

Su pecho sube y baja. Está respirando. Me doy cuenta de que los gatos han dejado de gritar y levanto la vista.

—¿Eh?

No puedo creer lo que ven mis ojos.

El gato negro, que hace un minuto era tan grande como un caballo, se ha encogido hasta la mitad de su tamaño.

Tiene a Daijin en la boca, colgando por la piel del cuello.



Parecen una gata madre y su cría. El gato negro empieza a caminar hacia mí, y con cada paso, su cuerpo se encoge más.

Siento que las leyes de la perspectiva se han vuelto locas.

Se hace más y más pequeño, y cuando pasa junto a mí y salta al coche, no es más grande que un perro grande.

—¿Qué demonios...?

No entiendo lo que está pasando. ¿Era su enorme cuerpo una ilusión?

Quizá siempre tuvo el tamaño de un gato grande normal. Observo a los dos animales entrar en el coche, con la boca abierta. El gato negro deja caer a Daijin de su boca, y los dos se sientan con elegancia en el asiento trasero, parpadeando mientras me miran.

Así que tengo un gato grande de pelaje negro y ojos verdes, y un gatito escuálido de pelaje blanco y ojos amarillos. Sin embargo, su mirada al observarme es la misma.

—¿Daijin y Sadaijin...? —murmuro.

De repente se me ocurre que deben venir del mismo lugar. Sus ojos me miran, pero también miran más allá de mí—hacia el otro mundo.

—¿Suzume...? —dice Tamaki con voz ronca desde mis brazos.

—¡Tamaki!

—¿Qué me ha pasado...?

—¿Estás bien?

De repente, la vida vuelve a su rostro.

—Y-yo... —dice, poniéndose de pie—. ¡Lo siento, tengo que irme!

Se aleja trotando hacia el área de descanso. Observo su figura alejarse, sin fuerzas para levantarme de rodillas.

Cuando desaparece tras las puertas automáticas, me giro lentamente hacia el coche.

Los gatos blanco y negro están acurrucados en el asiento, sus cuerpos pegados.



Ronronean mientras se quedan dormidos, como si estuvieran satisfechos con un trabajo bien hecho.

La lluvia se ha suavizado hasta convertirse en una llovizna.

❖ ❖ ❖

—¡Serizawa!

Cuando Tamaki lo llama por su nombre, Serizawa está mirando los premios en una máquina de gancho, con un helado en una mano. Quiere llevarse un recuerdo a casa, ya que ha venido desde tan lejos, pero entonces escucha su voz urgente llamándolo.

—¿Eh? —responde, dándose la vuelta.

Ella está allí, con el maquillaje corrido por haber llorado.

Dame un respiro, piensa instintivamente.

—He estado actuando de forma extraña...

—¿Eh?

—No sé por qué diría algo así... —dice, cubriéndose la cara con las manos.

Vamos, piensa él.

Ella empieza a sollozar en voz alta.

—¡Eh, oye...! —dice él, acercándose rápidamente.

Ella sigue llorando como una niña pequeña.

Los empleados de la cafetería y la tienda de recuerdos miran para ver qué está pasando.

Dame un respiro, piensa otra vez.

—¿Q-qué pasa? —susurra.

Ella no responde. Está con hipo.

—¿Estás bien? No deberías llorar así en público— ¡Mierda!

Mientras se inclina hacia ella, el helado se cae del cono y se estrella contra el suelo.

Dame un respiro, piensa por tercera vez.



Solo había dado dos lamidas.
¿Qué tiene esto que ver conmigo?

Mira su pequeña cabeza, su pelo corto y sus hombros delicados y temblorosos.

¿Qué hago yo en un área de descanso en medio de la nada con una mujer que probablemente me dobla la edad llorando sobre mi hombro?

Ella sigue llorando y con hipo.

Desesperado, le pone la mano en el hombro y la acaricia suavemente.

Ella llora aún más fuerte.

La gente los rodea con cuidado, como si evitaran un agujero en el suelo.

Serizawa reprime un suspiro de exasperación, mira al techo y murmura para sí mismo:

—Sí... problemas serios de verdad.

Se asegura de decirlo lo suficientemente bajo para que ella no lo oiga, por si acaso empieza a llorar aún más.

